

LLUVIA DE JUNIO

Jabbour Douaihy

Traducción de Jaume Ferrer



Titulo original:

مطر حزيران

© Jabbour Douaihy

De esta edición:

© Turner de México S.A. de C.V., 2015

Alberto Zamora, 64

Coyoacán, 04000 México DF

www.turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Imagen de cubierta:

© Riki Blanco

Maquetación:

David Anglès

Impreso en España

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-16142-65-1

Depósito legal: M-12914-2015

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Para Samir Kassir

Hasta la mañana del día siguiente no supimos lo que había ocurrido. La noche del domingo nos dejaron dormir tranquilos, arriba, en la planta superior, en aquella enorme sala orientada hacia levante. Las ventanas daban al río y por ellas penetraba el olor del agua y la llamada de los almuédanos a la oración del alba. Era el mes de junio y, en aquella noche, tratábamos de olvidarnos del calor siguiendo con la mirada el paso de los coches que de tanto en tanto pasaban por las calles del mercado o distrayéndonos con las gamberradas que los más pendencieros gastaban a los gafotas, de cuya conducta los profesores querían que tomáramos ejemplo.

Debían de ser las siete de la mañana cuando apareció en el aula el director de la escuela escoltado por el bedel. Era una mañana de lunes y muchos de nosotros combatíamos contra el sueño, pero, aun así, logramos alzar las cabezas. El padre Ambroise no se habría hecho acompañar de Yamil Arrasi si solo nos hubiera tenido que echar un rapapolvo por los malos resultados obtenidos en los exámenes de matemáticas o porque hubieran llegado a sus oídos los planes que estuvimos a punto de ejecutar el día anterior durante la misa. Habíamos pensado mezclar letras de las canciones que más éxito estaban teniendo por entonces con los cánticos en latín, y eso ante las familias católicas y grecocatólicas de la ciudad, para las que la escuela abría las puertas de la iglesia solamente los domingos. Para atajar ese tipo de conductas indeseadas o irregulares, el director se bastaba solo, y se dirigía a nosotros en su francés sembrado de expresiones mordaces e hirientes. Su modo de hablar, en esos casos, superaba nuestra capacidad de comprensión. Era incluso peor que cuando nos recitaba el listado de nombres, en singular y en plural, de los pájaros tropicales o de los reptiles del desierto.

El bedel Yamil, a pesar de su aspecto frágil y de su natural silencioso, era el alma de la escuela y quien se ocupaba de todos los asuntos que

implicaban relacionarse con el exterior. Él era el encargado de negociar con los manifestantes que se agolpaban gritando sus consignas en la puerta de la escuela, la que daba al zoco de los artesanos del cobre. Yamil siempre conseguía evitar que perturbaran el curso normal de las clases o que algunos alumnos se unieran a la enardecida marcha que protestaba contra la agresión tripartita a Egipto. También era él quien prestaba algún dinerillo a los alumnos que se habían quedado sin blanca y quien transmitía a los internos las escuetas recomendaciones de sus familias.

—Tú, Anís, te tienes que comer todo lo que hay en el plato, y nada de salir a hurtadillas de la escuela para vagabundear por las calles, que no está el horno para bollos...

Si algún familiar bajaba a la ciudad por asuntos de negocios o para resolver algunos temas administrativos, acostumbraba a solicitar los servicios de Yamil para que nos hiciera llegar una cuña de queso de cabra o algún dulce casero. Eran el tipo de recados que, a nuestro entender, solo podía llevar a cabo él. No nos cabía en la cabeza que nada de aquello se pudiera realizar en francés. Peleábamos arduamente contra aquella lengua para conseguir descifrar sus letras en los libros de texto ilustrados con deprimentes imágenes. Sin embargo, los curas, con sus sotanas negras, la dominaban a la perfección. Desde nuestro punto de vista, el francés podía ser muy útil en otras esferas, pero no tenía nada que ver con el mundo en el que nosotros vivíamos. Nuestros nombres, nuestras experiencias, tenían que expresarse en nuestra propia lengua. Por todo esto, Yamil Arrasi fue quien, a media voz y apoyándose en el quicio de la puerta del aula, se dirigió a los alumnos.

—Los de Barqa, que recojan sus cosas...

Dar este tipo de buenas noticias era el cometido principal del bedel cuando, por ejemplo, anunciaba a los alumnos musulmanes que disponían de un día de asueto adicional con motivo de la festividad del Sacrificio. Lo mismo sucedía con los de religión ortodoxa, los que seguían el rito bizantino durante la Pascua o, también, si se había producido una gran nevada, era él quien aparecía para comunicar a los que vivían en lo alto de la montaña que se podían saltar un par de horas. Cualquiera de estos anuncios era recibido con gritos y silbidos de alegría, siempre y cuando el humor del profesor de turno lo permitiera. En esta ocasión, que nos comunicaran a nosotros, a los provenientes de la aldea de Barqa, que debíamos abandonar la escuela fue una noticia que los mayores recibimos con cierta cautela, por lo inusitado de la situación, mientras que los pequeños, aunque tampoco dieran muestras de ello, la acogieron con

evidente alegría al ver truncada la semana de estudio desde su primera jornada. Había algo inquietante en todo aquello y no dudábamos que alguna mala noticia nos iba a afligir a nuestra llegada.

Al oír las palabras de Yamil Arrasi ninguno de nosotros se precipitó ni armó barullo al recoger sus bártulos, como solía ocurrir cada vez que se daba una situación de este tipo. En cualquier caso, el padre Ambroise, haciendo caso omiso de nuestro visible abatimiento, no pudo contenerse y no perdió la ocasión de lanzarnos órdenes en francés como hacía siempre, cosa que vino a corroborar nuestras fundadas sospechas de que entendía el árabe mucho mejor de lo que nos quería hacer creer y que, si lo ocultaba, tan solo era para que le fuera más fácil pillarnos en falta.

—¡Y mucho cuidado con hacer ruido al bajar las escaleras!

Fue como si el padre Ambroise, con aquella orden, pretendiera recuperar parte de su prestigio como máxima autoridad de la escuela, a pesar de haber tenido que dejarnos marchar de aquella manera intempestiva. No lo habría hecho, seguro, si alguien no lo hubiera convencido previamente de que era de vital importancia que regresáramos al pueblo.

Los centenares de alumnos que no estaban internos empezaban a agolparse a las puertas de la escuela. Cuando nos cruzamos, se produjo un silencio repentino, como si aquella fuera la primera vez en su vida que nos vieran. Pasamos cerca de la tarima de madera donde los alumnos y los profesores de cada clase posábamos ante el fotógrafo Davidian una vez al año para que nos tomara la preceptiva foto conmemorativa. Nosotros, los de Barqa, no apareceríamos en la foto de final de curso de aquel funesto año de 1957.

Yamil nos guió hacia la entrada refugiándose en un completo silencio a pesar de que le lanzábamos preguntas al vuelo y tratábamos de agarrarlo por los hombros tirando de su chaqueta hasta casi rompérsela. Al final, como si se lavara las manos y no quisiera cargar con responsabilidad ninguna, nos gritó:

—¡Si queréis saber algo, preguntádselo a Maurice!

Yamil estaba en todo su derecho. Podía quitarse aquel peso de encima y endosárselo a Maurice, el chófer del autobús, porque Maurice era uno de los nuestros. Yamil no. Yamil era originario de una remota aldea de Akkar, cerca ya de la frontera con Siria.

Siempre era Maurice quien nos llevaba de vuelta con nuestras familias cuando, tras mucho esperar, llegaba el día en que nos dejaban salir de la escuela. Eso ocurría, como mucho, una vez al mes. Nuestras familias tenían el convencimiento de que cuanto más se prolongara nuestra estancia lejos de la aldea, más posibilidades tendríamos de sobrevivir.

A Maurice lo hallamos aquella mañana agarrando el volante con las dos manos y mirando al vacío. Mientras, nosotros fuimos subiendo en el autobús.

—¡Maurice! ¿Maurice?

Lo llamamos y le preguntamos de todas las maneras imaginables, pero de él tampoco obtuvimos respuesta. Quizá consideraba inapropiado hablar delante de oídos extraños, los de Yamil Arrasi, que aún permanecía alerta controlando nuestra partida. Yamil quería estar seguro de que nuestro comportamiento seguía siendo correcto en los pocos metros que separaban la acera que bordeaba el recinto de la escuela del lugar en donde estaba estacionado el autobús, justo al lado de la puerta. Aquel seguía siendo su territorio y, por tanto, era competencia suya vigilarnos.

—¡Maurice! ¿Qué pasa? ¿De dónde vienes?

Éramos veinte voces lanzando veinte preguntas a la vez, cada uno con su particular tono de impaciencia. Sin embargo, no conseguimos arrancarle ni una palabra. Ni tan siquiera miró hacia atrás o echó un vistazo por el retrovisor, como tenía por costumbre, para cerciorarse de que nos habíamos sentado como era debido.

Yamil Arrasi esperó hasta que hubo subido el último de nosotros y luego salió por la puerta trasera. Antes de cerrarla, nos repitió, con gran cautela, como si nos estuviera confiando un secreto de la mayor gravedad o como si tuviera que despedirse siempre dándonos un último consejo, que nos cuidáramos mucho.

Maurice, al advertir el portazo de Yamil, arrancó el motor y empezó a conducir sin santiguarse. Por nuestra parte, tampoco peleamos como era habitual para coger los mejores sitios al lado de las ventanillas ni hubo empujones para alcanzar la última fila, donde estaba el gran banco en el que podíamos recostarnos a nuestras anchas y estirar las piernas olvidándonos por un rato de la rigidez de la postura que obligatoriamente debíamos adoptar en el aula.

Nuestro chófer se concentró ante todo en salir de la ciudad. Era como si Maurice se escudara en la dificultad de pasar con el autobús por las callejuelas estrechas para no tener que responder al aluvión de preguntas que le estaba cayendo encima. No se iba a preocupar de respondernos y lo dejaba muy claro con su forzado gesto de impaciencia mientras trataba de evitar cualquier choque contra los carretones de fruta, los vendedores ambulantes de jugo de orozuz o los ciclistas que, montados en sus frágiles bicicletas, iban dando tumbos acrobáticos cargados con los mandados de habas y garbanzos que debían llegar cuanto antes a sus clientes. Se mantuvo en silencio y no resopló ruidosamente aquel día, a pesar del

caos reinante en el mercado del trigo. Tampoco lanzó improperios contra los mozos de cuerda que arrastraban a duras penas sus pesadas cargas. Es más, llegó a tomarse con paciencia que un carretero que se había parado con su caballo en medio de los puestos de verduras le entorpeciera el paso.

Todo aquello era inusual, ya que nos había sermoneado hasta el hartazgo con que en ese tipo de comportamientos radicaba la incapacidad de los árabes de alzarse con victoria alguna en la guerra, sin aclarar si se alegraba de las derrotas o las lamentaba. Daba la impresión de haber perdido la capacidad del habla aquella mañana mientras con gran esfuerzo rodeaba el amplio volante con sus bracitos y tomaba las curvas cerradas de la cuesta que desemboca en la escuela de los americanos. En cualquier caso, nos percatamos de que Maurice, por primera vez en la historia desde que nos conducía a nuestros hogares, no tenía ninguna prisa en llegar. Tampoco nosotros, por lo que recuerdo, sentíamos esa ansia.

Dejamos atrás los últimos edificios esparcidos a ambos lados de la calle de los Cedros y giramos en el depósito de agua. Luego Maurice pudo relajarse. Empezó a conducir por una larga recta. Supusimos que ese iba a ser el momento idóneo para que nos informara de los motivos por los que nos llevaba de regreso a casa un lunes. Al vislumbrar los altos picos, envueltos a aquella hora temprana en una ligera niebla, lo oímos sollozar e hipar. De golpe nos dimos cuenta de que no iba a hablar; desistimos, no le preguntamos más y nos quedamos observándolo a través del ancho espejo retrovisor que le ayudaba a vigilarnos. Sus grandes ojos verdes tenían el color de las manzanas que mi abuelo prohibía a mi padre coger porque, según él, todavía no habían madurado lo suficiente.

Ante nosotros se extendía la planicie que llevaba a la aldea. Maurice lloraba. Los alumnos que habían logrado sentarse al lado de las ventanillas no sacaron las cabezas para exponerlas al azote del aire y disfrutar de la vista de los olivos que corrían en sentido contrario al nuestro, hacia la ciudad, rompiendo la monotonía del llano. En aquella parte del trayecto a través del terreno liso nos miramos los unos a los otros y echamos cuentas. Éramos dieciocho alumnos de distintos cursos, pero no todos procedíamos de Barqa. Se habían colado entre nosotros un par de forasteros. Sus familias, era verdad, residían en el pueblo, pero no por eso dejaban de ser extranjeros. Yamil no los habría podido distinguir de nosotros ni aunque quisiera. Vivían en Barqa pero no eran nacidos en Barqa y, por lo que fuera, prefirieron aventurarse a compartir los peligros que nos deparaba ese viaje a permanecer sentados en los lúgubres pupitres de la escuela.

Maurice lloraba como si estuviera solo y no tuviera a sus espaldas todos aquellos ojos observándolo. Aquel, de todos modos, era un llanto íntimo. A Maurice, que era nuestro vecino, Dios no lo había bendecido con hijos y yo lo solía ver sentado junto a su esposa en su tiempo libre, tras acercarse a cada uno de los alumnos a su casa, en un banco de madera bajo un jinjoler, esperando que cayera la tarde mientras escuchaban canciones de Mohammed Abdel Wahab en una radio a todo volumen. Maurice fue la primera persona a la que vi dando rienda suelta a sus emociones. No se enjugaba las lágrimas, sino que permitía que rodaran por sus mejillas y fueran cayendo gota a gota sobre el volante del autobús. Aquella conducta no era normal. Algo así solamente lo habían podido ver los alumnos de mayor edad que hacían pellas y se escapaban al cine Roxy cuando ponían películas románticas. Sus ojos verdes aparecían desmesurados en el retrovisor. Maurice lloraba y nosotros lo contemplábamos en silencio. Aquel día descubrimos el estruendo que armaba el autobús. Con el traqueteo, el vehículo emitía todo tipo de ruidos que habitualmente ocultábamos con nuestro griterío.

No le quitamos el ojo de encima hasta que llegamos al desfiladero. Desde allí pudimos apreciar las casas del pueblo apiñadas en lo alto de la colina, envueltas en la neblina blanca que se elevaba desde el río. Maurice ralentizó la marcha en los últimos repechos del camino y luego fue descendiendo en medio de los chirridos de los frenos hasta que apareció el puente de hierro y vimos una multitud que se agolpaba en torno a un tanque del ejército de cuya torreta asomaba un soldado con un casco de camuflaje. Solamente había soldados y mujeres, entre las cuales advertí a mi tía con el pelo desgredado y un vestido rojo. El resto de mujeres, o casi todas, vestían de negro. No entendí por qué la habían mandado a ella a buscarme. Era raro, pero supuse que mi padre y mi madre debían de andar ocupados con lo que fuera que había pasado. La vi de lejos, con los brazos cruzados sobre el pecho y moviendo los hombros con impaciencia. Formaban una mole de unas veinte mujeres y a su alrededor un pequeño destacamento de soldados se había desplegado sobre el puente y sus inmediaciones. Al apearnos del autobús oímos a uno de esos soldados que informaba a su compañero, fusil en ristre, mientras observaba las aguas lodosas del río, de que el año anterior se había retrasado el fundido de las nieves y el cauce se había desbordado llevándose por delante el puente de piedra. Por eso habían tenido que construir uno de metal en su lugar. Traté de preguntar a mi tía qué estaba pasando, pero me mandó callar tapándome la boca con la mano como si acabara de cometer un error imperdonable. El grupo de mujeres y alumnos empezó

a caminar en dirección al pueblo. Aquel era un cortejo extraño. Mi tía me llevaba a rastras, cogido de la mano. Recuerdo que me giraba a menudo para saber qué hacían mis compañeros a los que nadie había acudido a recoger y que se habían quedado allí, de pie, esperando en compañía de los soldados. Los dos alumnos extranjeros formaban parte de ese grupo y no parecía que nadie hubiera pensado en ir a buscarlos, quizá porque sus familias no habían previsto que regresaran de esa forma insólita. No sé por qué me preocupaba tanto por ellos si, en su calidad de forasteros, no estaban expuestos a ningún peligro.

Ghirb, o también ghorb en algunas pronunciaciones, es el plural de la palabra gharib, los 'forasteros' o los 'extranjeros' y, a la vez, los 'extraños'. El gharb es el lugar del que proceden, el occidente, el oeste o el poniente. En cualquier caso, vienen de fuera y no son de los nuestros y su presencia en el pueblo la consideramos pasajera. Hablamos sin tapujos de ellos, con causa o sin causa, declarando en cada ocasión que no pueden ocupar un lugar en nuestros corazones. Estos intrusos acarrean las marcas de su extrañeza. Solo hay que oírlos hablar. Su acento los delata en primer lugar y, generalmente, se trata de un deje ridículo. Nos asombra de manera extraordinaria que a veces alguno de los nuestros, un primo o un vecino que ha pasado un año o dos en alguna escuela próxima a la capital, cambie su manera de hablar y se parezca más a la de Beirut o Kesrauán que a la nuestra. Este tipo de entonación la detestamos con todas nuestras fuerzas. A veces tratamos de imitar ese acento para mofarnos de los que hablan de tal modo, pero sin demasiado éxito. Suelen añadir muchas ches al final de las palabras y pronuncian las cus como si les fuera en ello la vida, como lo hace la gente del Chouf, y no como las pronunciamos nosotros, suavemente. Es como si estas particularidades convirtieran a quienes hablan así, en eso no cabe discusión, en unos ignorantes. En cualquier caso, es algo insoportable. Si se les ocurre medirse con nosotros y devolvernos la afrenta escarneciendo nuestro modo de hablar, como cuando cambiamos ciertas vocales por úes y en vez de decir jayi, llamamos al hermano jayu, o al padre, en vez de llamarlo bayi, lo llamamos bayu, les replicamos con finura que esos cambios son debidos a la herencia de la lengua siríaca, que, en ocasiones, reivindicamos como nuestra lengua original. En nuestro caso no se puede hablar de errores y no hay nada malo en pronunciar de este modo, al contrario, es motivo de orgullo por nuestra raigambre en el lugar. A un forastero también se lo puede identificar por su comida. Sus platos lo delatan de inmediato. La «comida de los forasteros» tiene unas características determinadas que ayudan a identificarla. Se los

puede descubrir fácilmente por el modo de preparar el kebbe, de cuyas cocinas sale, inevitablemente, grueso y especiado con exageración. Preparan otros platos que, aunque conozcamos sus nombres, nunca se nos ocurriría servir en nuestras mesas, como la arnabíe, la ablama y unos pocos más. Un forastero no cuenta para nada. Cuando ocurre un accidente en el que ha habido muertos o heridos, no se los menciona ni en el nombre ni en el número de las víctimas que consideramos nuestras. Si se difunde la noticia de alguna desgracia, un asesinato o un accidente de coche, la mejor manera de tranquilizar los ánimos y aplacar la angustia es anunciar que el afectado es uno de esos forasteros. Entonces, de inmediato, remite el estado de alerta y de expectación y cada cual regresa a sus quehaceres. Si algún joven del pueblo encuentra esposa fuera, esta jamás tendrá nombre y siempre será conocida como «la forastera». Buscarse la mujer más allá del pueblo no es algo que se aconseje porque, sin duda, ha de ser una esposa intratable, cansina, que no le dejará pasar ni una a su marido, cosa que no ocurre con las nacidas en el pueblo. El límite que marca el inicio de la tierra considerada extranjera no empieza a muchos kilómetros del pueblo. Basta con recorrer unos cuantos metros. El pueblo «extranjero» empieza exactamente en las lindes en las que se confunden nuestros huertos con los de los otros. En cuanto al tiempo necesario para arraigarse no es algo que se pueda calcular con exactitud. Si eres forastero nunca sabrás cuándo van a terminar los rumores acerca de ti, de tu familia directa, de tus parientes lejanos. Los murmuradores te seguirán llamando forastero, aunque fuera el bey Asaad el que hubiera hecho venir a tus abuelos al pueblo desde la región de Akkar para construir su casa. Puede que quien se entere por casualidad crea que te has mudado por motivos de trabajo ayer mismo, como quien dice. Pero si se preocupa por precisar la fecha y se interesa por la vida de este notable del pueblo, se enterará de que todo ocurrió allá por el año 1887, el año en que concluyó la construcción de la gran casa del bey, aquella cuyos muros alzaron tus ancestros tallándola piedra a piedra...

No podía quitarme de la cabeza a los dos alumnos forasteros que se habían añadido al grupo. Lo único que me sacó de mi distracción fue oír la bocina del autobús. Mientras los niños nos íbamos cada uno por nuestro lado, acompañados de las mujeres que habían venido a buscarnos, Maurice permanecía en su sitio, sentado, esperando. Había estirado los brazos sobre el volante, con los ojos verdes todavía empapados de lágrimas silenciosas. Por la postura y por el relajamiento de los brazos tocó, sin querer, la bocina. Todas las mujeres se estremecieron y se agarraron

a los pequeños en un gesto inconsciente. Le pregunté a mi tía por qué Maurice no nos había acercado hasta casa, que era lo que hacía normalmente. Como respuesta me llevé una regañina por andar mirando hacia atrás. Ella quería que fuéramos más y más rápido. Al llegar al cruce, desaparecieron de mi vista tanto el autobús como los soldados y el puente de hierro sobre el río.

El grupo de mujeres y niños fue menguando a medida que se acercaban a las bocacalles que se abrían en la calle principal. También ellos apretaban el paso para alcanzar sus casas lo antes posible. Las madres miraban a un lado y a otro continuamente y, de fondo, nos llegaba el toque de la campana de la iglesia del barrio Bajo. No se trataba de las campanadas típicas de misa o los tres toques de muertos, sino de un único campanazo que nunca antes había oído. Aquel tañido recorría como una ola el silencio del pueblo y luego le seguía una calma total. Al cabo de un rato, se repetía un nuevo campanazo, y otro largo momento de vacío... Observé que mi tía, cada vez que debíamos cruzar una de las callejuelas que conducen a la plaza central, trataba de retenerme tras ella y esconderme con su cuerpo. Al pasar por aquellos lugares quedábamos al descubierto. En aquel momento, mientras ella me iba cambiando de posición, ahora a su izquierda, ahora a su derecha, no me percaté de que, ante la posibilidad de que se produjera un disparo proveniente de una de aquellas calles profundas y estrechas, mi tía estaba poniendo en riesgo su vida para salvar la mía. Siguió avanzando a grandes zancadas y empujándome hasta que torcimos en la pendiente.

Una vez en las calles interiores del pueblo, cambiaron los papeles. Entonces fue ella quien se giraba todo el rato para asegurarse de que su voz no pudiese llegar a oídos de nadie. Me asaltó la sensación de que nos estaban persiguiendo y me puse yo a dar zancadas, esta vez sin que mi tía tuviera que apremiarme. Sin embargo, al adentrarnos un poco en el barrio, ella pareció tranquilizarse. Se puso a hablar por los codos. No sé por qué me dijo que lo mejor que le había pasado en la vida era haberse quedado soltera, a pesar de que los mejores muchachos del pueblo le habían pedido la mano. Me nombró a tres: Salmán Chalha, Saíd Antún y un tercero que emigró a México, amasó una gran fortuna y colaboró en la construcción de la nueva iglesia del pueblo. Bendita la hora en que rechazó casarse, iba diciendo. Se detuvo y, poniendo cara de asco, me dijo que odiaba a los hombres, que no soportaba sus groserías ni su olor, y que también odiaba a los niños. ¿Para qué sirven los niños?

Se abrió una brecha entre las casas que permitía ver el horizonte y mi tía paró un segundo para agarrarme por el hombro y señalarme la

aldea que se asentaba en lo alto de una de las cimas de las montañas que se veían desde allí, por la parte de levante. Vaticinó que en ese lugar no quedaría piedra sobre piedra. No pude hacerme una idea clara de lo que estaba pasando. Intuí que había sucedido algo grave de lo que los mayores no nos querían informar con detalle. Pero sus insinuaciones, sus gestos y sus caras me hacían sentir que el mundo a nuestro alrededor se estaba desmoronando. No lo entendería hasta más tarde, cuando me encontrara con un amigo de mi edad, uno de los chavales del barrio de la Cuadrilla. Con él pude hablar en mi propia lengua y lo que me dijo quedó grabado en mi memoria como el primer relato de lo que había acontecido.

Llegamos a una callejuela aún más estrecha y mi tía se puso a hipar. El primer hipido la cogió de improviso. Fue un espasmo muy fuerte. Se le encogió el pecho, se le agitó todo el cuerpo y tuvo que parar de andar. Tan de sorpresa la pilló que incluso ella se giró a mirar para descubrir de dónde había salido aquel sonido, aunque eso no le impidió seguir hablando. Se atropellaba con las palabras, hablaba sola, ya no se dirigía a mí. Luego comprendí que aceleraba el paso y que se ponía más nerviosa a medida que las palabras le salían de la boca y según nos íbamos acercando a la plaza de la iglesia. Maldecía la humedad que había en nuestro pueblo y que hacía enfermar a los niños desde muy pequeños. Se quejaba de lo poco religiosos que éramos y de la codicia que nos corroía. Mencionó algunos nombres de personas que habían traicionado toda confianza y otros que habían robado y habían matado... A mí solo se me ocurrió pedirle que dejara de hablar de aquel modo si no quería que le volviera el hipo.

Aquella era la primera frase completa que yo pronunciaba desde que me había agarrado la mano al bajar del autobús de Maurice. Aun así, no me hizo ningún caso y siguió hablando y maldiciendo a quienes habían escogido este lugar para vivir. ¿Por qué no se lo pensaron mejor? ¿Por qué no se decantaron por un lugar al lado del mar donde gozar de los bienes del Señor? No, nos tuvieron que apiñar entre dos ríos... Llegamos a la puerta del convento de monjas y oímos los clamorosos lamentos de una mujer. Mi tía se quedó quieta de nuevo al oír aquella voz ronca para soltar, acto seguido, una lluvia de improperios contra la mujer.

—¡Vaya con la furcia! Lleva así desde las seis de la mañana, gimoteando. Ni a respirar se ha parado. ¡Va a conseguir que nos maten a todos!

Luego me preguntó, sin dejar de hipar con fuerza, si sabía cómo llegar solo hasta casa. Asentí.

—Pues dile a tu madre que tu tía ya no sirve para nada.

Luego se agachó y me susurró al oído, como si se estuviera confesando, que no había puesto los pies en la plaza de la iglesia, que era donde nosotros vivíamos, desde el día anterior. Había pasado el día y la noche merodeando por allí, lanzando miradas furtivas desde detrás de las casas, pero sin atreverse a demorarse demasiado. Y al final siempre tenía que cerrar los ojos y salir huyendo.

Continué el camino solo, unos doscientos metros como mucho, hasta que la plaza se abrió ante mis ojos. Vi al Poeta de la Rosa de pie, bajo la cúpula del campanario de la iglesia, allí arriba, donde las golondrinas anidan en primavera. A veces vuelan tan bajo en la puesta de sol que parece que van a rozar nuestras cabezas. El Poeta de la Rosa era el encargado de construir el pesebre navideño y para ello usaba unas grandes figuras y hacía correr por toda la escena arroyos y cascadas. También se dedicaba a volar cometas de papel y a llenar las paredes del barrio con consignas que escribía con un tizón de carbón llamando a la unidad del Creciente Fértil y alabando a nuestro jefe. Siempre firmaba con su pseudónimo: el Poeta de la Rosa. Vi que apoyaba la espalda contra la campana y se balanceaba adelante y atrás, sin que la campana llegara a sonar, mientras contemplaba la plaza desde las alturas. Señalaba con la mano unos puntos determinados y contaba en voz alta. Uno, dos, tres..., hasta que llegaba a diez. Luego se golpeaba el pecho con el puño y daba una campanada. En ese momento empezaba a contar otra vez. Uno, dos, tres... Eran diez los hombres, diez hombres en diez camas.

Sacaron las camas de las casas vecinas y tendieron a los muertos encima. Mi madre cedió la cama de mi hermano, que me llevaba dos años, y ese trato de favor fue causa de muchas discusiones durante nuestra adolescencia. Él presumía de ello mientras que yo no podía disimular mi descontento. Lo que más me maravilló fue el caso de una vecina que insistió en que pusieran a su hermano en su propia cama. A partir de aquel día se negó a lavar aquellas sábanas para no perder el olor de su hermano, para poder olerlo cuando quisiera. Las sábanas acabaron negras y, me parece, dejó de olerlas, pero lo que no pudo hacer fue lavarlas porque cada vez que tomaba esa resolución el recuerdo de su hermano se lo impedía.

La plaza estaba llena de mujeres y de niños que se agrupaban alrededor de las camas. Esposas, madres y hermanas, sobre todo hermanas. Las niñas pequeñas de los vecinos imitaban a las mujeres y se tiraban de los mechones del pelo y sacudían la cabeza, como en una especie de danza, de un lado a otro. Vi al vendedor de telas, el Jorobado, que tenía una voz femenina muy aguda. Solía cantar canciones de amor en un penoso francés y se las dedicaba a las jovencitas, a las que pellizcaba en los muslos

cuando tenía oportunidad. Y vi a un cura llorar. Pero no vi ni rastro de los hombres del pueblo, excepto de los que yacían en las camas engalanados con las ropas de los domingos. La expresión de sus caras iba a perdurar para siempre. Vi a una mujer desconocida, alta, de piel muy blanca, que se paseaba de cama en cama y se sentaba en la cabecera, poniendo en su sitio el nudo de una corbata, arreglando un mechón de pelo que caía sobre una frente o limpiando una mejilla manchada de sangre o de polvo. Se dedicaba a contemplar un rostro unos instantes y luego seguía su ronda entre las camas.